

deraciones geográficas, encontraban que su país tenía más necesidad de ser reforzado desde Thorn á Breslau que extendido desde Wittenberg á Dresde. Dejando á los prusianos el ducado de Posen, es decir, la mayor parte del cauce del Wartha, les cedían un buen territorio, mejor poblado que las posesiones más aproximadas á Varsovia, y no era imposible trazar una buena frontera entre la Polonia y la Prusia. Efectivamente, siguiendo el Prosna hasta su embocadura en el Wartha, un poco más abajo de Konin, y tirando una línea á partir de aquel punto hasta los alrededores de Thorn, se encontraba desde luego el Prosna como límite; después desde Konin á Inowraclaw y Thorn había una sucesión de lagos que dan origen á Netze y forman un continuo obstáculo, teniendo como frontera un verdadero valor. Este temible punto, dirigido contra el flanco de la Prusia, estaba cortado sin que la frontera polaca se deformara, pues Varsovia tenía aún en su derredor un terreno bastante extenso. Por los dos millones y medio de polacos que la Prusia debía reclamar en cambio de su parte del gran ducado de Varsovia si hubiesen restituido este gran ducado á sus antiguos copartícipes, recibía cerca de un millón, y esto menos tenía que adquirir en el centro de la Alemania. Así, pues, si tanto en Alemania como en Polonia se llegaba á una transacción, podían, no tomando más que una parte de la Sajonia, poner á la Prusia en el estado en que se hallaba en 1805, que era la base sobre la cual habían ofrecido establecerla.

Con respecto al Austria, había más que pedir que conceder, lo que no facilitaba los arreglos. Pero en esto, las pretensiones de la Rusia tenían un verdadero fundamento, por supuesto admitiendo el principio de la reorganización de la Polonia para formar un reino separado.

El Austria había poseído siempre la Galitzia, fruto del primer reparto, y Napoleón no había pensado jamás en quitársela, excepto en 1812, cuando creyó por un instante poder destrozar á la Rusia y formar una Polonia francesa. Habiendo fracasado su empresa, la Galitzia quedó en poder del Austria, y ningún polaco, por exaltado que fuese, aun cuando lo fuese tanto como Alejandro, habría pensado en pedírsela al gabinete austriaco. Pero se hallaban allí las provincias de la izquierda y de la derecha del Vístula, hasta el Pilica por un lado y hasta el Bug por el otro, que el Austria había adquirido desde el primer reparto, y que Napoleón le había quitado para constituir el gran ducado de Varsovia. Devolviéndolas al Austria, se la ponía en posesión del cauce del Vístula hasta las puertas de Varsovia, y en este caso no era posible decir que se había dado unidad é independencia á la Polonia. El Austria lo conocía, y por otra parte, aquella era la ocasión de recordarle que si los tratados de Kalisch, de Reichenbach y Tœplitz, concluidos en la hipótesis de mezquinos triunfos, exigían la restitución de las posesiones del gran ducado á sus antiguos poseedores, los inesperados triunfos de la coalición le habían alcanzado tanto en el Tirol, en Italia y en Baviera, que sin trabajo podía admitir que también se aprovechara de ellos la Rusia; y como esta potencia no tenía más beneficios que recoger que los que deseaba sobre el Vístula, no temía graves objeciones por parte del Austria. Además podía hacerla concesiones de cierto valor, dejándola las minas de sal de Wieliczka, erigiendo

á Cracovia en ciudad neutral (como Alejandro pensaba hacerlo con Thorn), y por último, restituyendo á la Galitzia el extenso distrito de Tarnopol, que Napoleón había segregado de ella en 1809 para castigar al Austria por la guerra que nos declaró en aquel tiempo.

La Rusia tomó, pues, el partido de ceder definitivamente el importante ducado de Posen á la Prusia, obligándola de este modo á ser menos exigente en Alemania, y procuró entenderse amistosamente con el Austria respecto de su frontera en Polonia. Dió á Mr. de Hardenberg el consejo de dirigir una respuesta muy moderada al Austria é hizo cuanto pudo para llegar á sus fines principales sin un rompimiento, funesto quizá para ella y para la Prusia, pero ciertamente escandaloso para todos.

En tanto que, de acuerdo con sus resoluciones más conciliadoras, Alejandro procuraba armonizar sus deseos con los del Austria, acerca de la frontera que debía separarlos, Mr. de Hardenberg, por sus consejos, contestó el 20 de diciembre á la nota austriaca del 10 del mismo mes con una nota extremadamente moderada, y hábilmente redactada desde el punto de vista de la ambición prusiana. En este documento, el ministro prusiano se sorprendía de que después del consentimiento formal de la Inglaterra y el consentimiento condicional del Austria sobre la incorporación de la Sajonia á la Prusia, se volviera á tratar de una cosa casi convenida. Decía que la excusa basada en la falta de ejecución de las condiciones propuestas por el Austria, no tenía valor, puesto que la Prusia accedía á todo lo que había pedido el Austria con referencia á los límites entre los Estados alemanes del Norte y Mediodía, con referencia al destino de Maguncia, y á todo lo que, en general, interesaba al equilibrio germánico. Respecto de la cuestión polaca, la Prusia había intervenido y continuaría interviniendo para que las cosas fueran arreglándose todo lo mejor posible al gusto del gabinete de Viena. En cuanto al principio de soberanía que proclamaban en favor del rey de Sajonia, según Mr. de Hardenberg carecía de fundamento. La Sajonia había sido conquistada en nueve batallas consecutivas, pero sobre todo en la de Leipsig, donde la Prusia no vacilaba en decir que había soportado casi todo el peso de las grandes jornadas del 16, 17 y 18 de octubre, y entonces el derecho de conquista, reconocido por todos los publicistas, podía ser justamente invocado. La aplicación de este derecho al rey de Sajonia, incontestablemente fundado como principio, no lo estaba menos desde el punto de vista de la equidad.

Federico Augusto, comprometido con la Europa por la intervención del gabinete de Viena, acogido por el emperador Francisco en Praga, voluntariamente había dejado este retiro, donde estaba seguro, para abandonar la causa que había prometido sostener y para abrazar la del opresor común, al cual había entregado Torgau, el ejército sajón y el Elba superior. Podían, pues, castigarle sin el menor remordimiento, y el castigo sería además un buen ejemplo. Por otra parte, le castigarían muy moderadamente, pues no se trataba de destronarle sino de trasladarle de uno á otro país. Sobre la orilla izquierda del Rhin podían formarle un Estado poblado de católicos, lo que haría cesar en Sajonia el enojoso antagonismo entre la dinastía, que era católica, y el pueblo,

que era protestante. La Prusia cooperaría á la formación de este nuevo Estado, cediendo una parte de lo que la destinaban sobre la orilla derecha del Rhin, ó casi la totalidad, pues no daba mucho valor á las provincias que la ponían en contacto inmediato con la Francia y no las había aceptado sino *por el bien general*, y para conformarse sobre todo con las miras de la Gran Bretaña. Mediante este abandono, sería fácil hacer entrar en razón al rey de Sajonia, ofreciéndole una situación igual ó superior á la de los príncipes de Baden, de Nassau y de Hesse. Le concederían además un voto en la dieta y conservarían en lo posible el equilibrio germánico. Semejante cambio de soberanía no era raro en la historia: Carlos V había dado el ejemplo con la misma casa de Sajonia, transportando la rama reinante desde un simple ducado hasta el trono de Sajonia. Lo habían dado en el último siglo el Austria y la Francia, trasladando á Toscana la casa de Lorena. Esta traslación valdría mucho más que un desmembramiento de la Sajonia, que se verían precisados á operar si accedían á la idea de no imponer al rey Federico Augusto una disminución de territorio. Desde luego, disgustarían á los sajones, á los cuales habían prometido no separar los unos de los otros, y además harían un mal arreglo, pues la Sajonia, reducida á una mitad ó á una tercera parte, no bastaría á sostener los gastos de sus reyes, y sobre todo los necesarios para la conservación de su hermosa capital, centro de las artes en Alemania. Dejarían allí un foco de descontentos, hostiles al nuevo orden de cosas y soñando siempre la reorganización de una Polonia revolucionaria, á las órdenes de un príncipe sajón. Era, pues, la más perjudicial de las disposiciones la de desmembrar la Sajonia, en vez de concederla en totalidad á la Prusia, trasladando al rey Federico Augusto hacia la izquierda del Rhin. En cuanto á los celos que podía inspirar al Austria su vecindad con la Prusia, no eran en verdad justificables, pues en la situación de la Sajonia, era este país incapaz de formar entre las dos grandes potencias germánicas una barrera inexpugnable. El gran Federico lo sabía por experiencia, pues en las diferentes guerras que había sostenido durante su reinado, no tuvo que hacer más que dar un paso para hallarse en Dresde y establecerse en Kœnigstein, como el mismo Napoleón acababa de practicarlos más recientemente, y siempre el gobierno prusiano procedería así si la desgracia quería que Prusia y Austria llegaran á las manos. Por último, para disminuir sobre este punto las inquietudes de esta nación, accederían completamente á uno de los deseos de Austria y renunciarían á fortificar la ciudad de Dresde. Además, Mr. de Hardenberg recordaba los deberes de la Europa hacia la Prusia, que tanto había contribuido á su salvación común, y á la que habían prometido reorganizar, dejándola á su vez la misma población que tenía en 1805 y dándole una configuración geográfica mejor que la que poseía. Este último compromiso fué estipulado formalmente, pues todo el mundo conocía lo defectuoso de la configuración de Prusia; y obligándola á extenderse de Kœnigsberg á Aquisgrán, por un interés que no era el suyo, empeorarían la forma de su territorio si al mismo tiempo no la reforzaba considerablemente en el centro, permitiéndola extenderse hasta Dresde. Se hubiera faltado con ella á la gratitud, á los compromisos pactados y al equilibrio

que era protestante. La Prusia cooperaría á la formación de este nuevo Estado, cediendo una parte de lo que la destinaban sobre la orilla derecha del Rhin, ó casi la totalidad, pues no daba mucho valor á las provincias que la ponían en contacto inmediato con la Francia y no las había aceptado sino *por el bien general*, y para conformarse sobre todo con las miras de la Gran Bretaña. Mediante este abandono, sería fácil hacer entrar en razón al rey de Sajonia, ofreciéndole una situación igual ó superior á la de los príncipes de Baden, de Nassau y de Hesse. Le concederían además un voto en la dieta y conservarían en lo posible el equilibrio germánico. Semejante cambio de soberanía no era raro en la historia: Carlos V había dado el ejemplo con la misma casa de Sajonia, transportando la rama reinante desde un simple ducado hasta el trono de Sajonia. Lo habían dado en el último siglo el Austria y la Francia, trasladando á Toscana la casa de Lorena. Esta traslación valdría mucho más que un desmembramiento de la Sajonia, que se verían precisados á operar si accedían á la idea de no imponer al rey Federico Augusto una disminución de territorio. Desde luego, disgustarían á los sajones, á los cuales habían prometido no separar los unos de los otros, y además harían un mal arreglo, pues la Sajonia, reducida á una mitad ó á una tercera parte, no bastaría á sostener los gastos de sus reyes, y sobre todo los necesarios para la conservación de su hermosa capital, centro de las artes en Alemania. Dejarían allí un foco de descontentos, hostiles al nuevo orden de cosas y soñando siempre la reorganización de una Polonia revolucionaria, á las órdenes de un príncipe sajón. Era, pues, la más perjudicial de las disposiciones la de desmembrar la Sajonia, en vez de concederla en totalidad á la Prusia, trasladando al rey Federico Augusto hacia la izquierda del Rhin. En cuanto á los celos que podía inspirar al Austria su vecindad con la Prusia, no eran en verdad justificables, pues en la situación de la Sajonia, era este país incapaz de formar entre las dos grandes potencias germánicas una barrera inexpugnable. El gran Federico lo sabía por experiencia, pues en las diferentes guerras que había sostenido durante su reinado, no tuvo que hacer más que dar un paso para hallarse en Dresde y establecerse en Kœnigstein, como el mismo Napoleón acababa de practicarlos más recientemente, y siempre el gobierno prusiano procedería así si la desgracia quería que Prusia y Austria llegaran á las manos. Por último, para disminuir sobre este punto las inquietudes de esta nación, accederían completamente á uno de los deseos de Austria y renunciarían á fortificar la ciudad de Dresde. Además, Mr. de Hardenberg recordaba los deberes de la Europa hacia la Prusia, que tanto había contribuido á su salvación común, y á la que habían prometido reorganizar, dejándola á su vez la misma población que tenía en 1805 y dándole una configuración geográfica mejor que la que poseía. Este último compromiso fué estipulado formalmente, pues todo el mundo conocía lo defectuoso de la configuración de Prusia; y obligándola á extenderse de Kœnigsberg á Aquisgrán, por un interés que no era el suyo, empeorarían la forma de su territorio si al mismo tiempo no la reforzaba considerablemente en el centro, permitiéndola extenderse hasta Dresde. Se hubiera faltado con ella á la gratitud, á los compromisos pactados y al equilibrio

européo, tan interesado en que la Prusia estuviese bien constituida. Era, pues, preciso confesarlo: la ambición de que la acusaban no había tenido más que una causa, el deseo de reparar su defecto geográfico; y concediéndola lo que pedía, la calmarían por mucho tiempo, y probablemente para siempre.

No hay duda de que podían contestarse estas razones, pero eran especiosas, algunas casi fundadas, y estaban dadas con un tono de moderación que revelaba más disposiciones para un acuerdo que para un rompimiento. Presentada la cuestión de este modo, era fácil resolverla pacíficamente. El Austria se decidió, por su parte, á hacer algunas concesiones; y habiendo recobrado el Tirol y la Italia, en los cuales no pensaba cuando los tratados de Kalisch, de Reichenbach y Tœplitz, hubieran obrado mal disputando á la Rusia un aumento ventajoso, y este aumento ventajoso no podía encontrarlo la Rusia sino en la Polonia. Si el Austria hubiese temido menos la guerra, y si además hubiese contado con el apoyo de la Francia, habría quizás disputado hasta el principio de la reorganización de Polonia, que necesariamente debía ser una Polonia rusa; pero la Prusia estaba comprometida respecto á esto con la Rusia, y obrando la Francia en favor de la Sajonia, el Austria no podía atacar en el fondo un principio del que Alejandro había hecho su tema absoluto y en cierto modo una cuestión de honor. Adoptado el principio de formar una Polonia rusa, súbdita de la Rusia, el Austria no podía pensar en retener el cauce del Vístula hasta el Pilica y el Bug, pues esto hubiese sido por su parte la pretensión de extenderse hasta las puertas de Varsovia. Así es que el Austria consintió en transigir sobre este punto, no conservando el curso del Vístula más que hasta Sandomir. En Sandomir, el San se convertía en límite de la Galitzia, y de este modo se tomaba la antigua frontera galitziana. Disputaron sobre Cracovia, sobre las minas de sal de Wieliczka, sobre Tarnopol, y sobre todos estos puntos, gozosos de haber obtenido el cauce del Vístula hasta Pilica y el Bug. La Rusia se mostró más complaciente: concedió un territorio alrededor de Cracovia, y además la neutralidad de esta ciudad, famosa en los anales polacos, como un resto de Polonia flotando en el vacío y pudiendo ligarse más tarde á la Polonia rusa. Abandonó las minas de sal de Wieliczka, y en fin el distrito de Tarnopol, cuya restitución al Austria, sin habérsela prometido, era una compensación de las provincias cuya restitución no había sido objeto de ninguna promesa.

Cuanto más conciliadora se mostraba el Austria en Polonia, donde conservaba además por la reunión de la Galitzia á su imperio una larga porción de territorio en los Capracks, más podía y quería mostrarse firme respecto á la Sajonia.

En efecto, con relación á ésta, persistía en sostener que la principal condición impuesta á la Prusia, la de concertarse con el Austria y la Inglaterra en la cuestión de Polonia, no sobre tal ó cual detalle de frontera, sino sobre la cuestión en sí, no habiendo sido cumplida, estaba libre de compromisos; recordó además que siempre había hecho el sacrificio de la Sajonia contra su voluntad, por pura condescendencia, por deseo de unión, y aconsejando á la Prusia que no se aprovechara de este sacrificio, pues suprimiendo la Sajonia apestaba un duro

golpe al equilibrio germánico y ofendía gravemente el sentimiento moral de la Alemania. Además, añadía, la Inglaterra, más ilustrada, había cambiado de parecer, se había negado á cousumar el sacrificio que desde luego se había convenido á llevar á cabo, y no era permitido pensar en la incorporación de la Sajonia á la Prusia. Sobre este punto el Austria se pronunció formalmente y declaró que no consentiría más que algunos desmembramientos, los cuales, al castigar á Federico Augusto por las faltas que se le imputaban, bastarían para poner mejores límites al territorio prusiano, y llenarían el compromiso contraído con la Prusia de devolverla su población de 1805.

Abordando los detalles, el Austria empleó todo su cuidado en demostrar que, para volver á su situación de 1805, la Prusia no tenía necesidad de consentir el sacrificio de la Sajonia.

En manos de Napoleón había perdido la Prusia cuatro millones y ochocientos mil súbditos, de unos diez millones que formaban su censo de población; es decir, aproximadamente la mitad de lo que poseía. Después que los aliados entraron victoriosos en el Elba y el Rhin, recobró un millón quinientos mil, en Dantzick, Magdeburgo y la Westfalia, etc. Para ser indemnizada por completo necesitaba aún tres millones y trescientos mil habitantes. Tenía que pedir por su parte del granducado de Varsovia dos millones quinientos mil; de los principados de Anspach y de Baireuth, incorporados en 1806 á la Baviera y dejados á esta potencia, quinientos mil; de un aumento prometido en Hannóver y que tenía que tomarse sobre el territorio prusiano, trescientos mil; de un premio debido á la casa de Sajonia-Weimar, cincuenta mil; en todo tres millones trescientos cincuenta mil, que hacían con el millón quinientos mil ya recobrados, los cuatro millones ochocientos cincuenta mil, es decir, un poco más de lo que había perdido. Ahora bien, renunciando la Rusia en Polonia al ducado de Posen, le dejaba un millón de almas; las provincias á la izquierda del Rhin, el gran ducado de Berg situado á la derecha, comprendía lo menos un millón seiscientos mil; no había que buscar, pues, más que setecientos cincuenta mil; y para adquirirlas, era fácil negociar aún con algunos príncipes secundarios, y de esta suerte recoger doscientas mil. El Hannóver estaba pronto á hacer el sacrificio de las trescientas mil que le habían prometido; por consiguiente, no había que buscar más que dos ó trescientas mil almas para satisfacer la ambición prusiana; y pidiéndolas á la Sajonia, cuya población se elevaba á dos millones cien mil almas, podían dejar á ésta casi intacta, pues en la balanza germánica no pesaría mucho menos con un millón ochocientos mil súbditos que con dos millones cien mil.

Estos cálculos, verdaderos por lo demás, y que dieron margen á que reprobaran continuamente al congreso de Viena por haber repartido los pueblos como rebaños; estos cálculos, decimos, excitaron grandes alarmas por parte de los prusianos; negaron éstos rotundamente su exactitud, y se entregaron á evaluaciones tan difíciles de admitir como de disputar. Sin más autoridad competente y sin hallarse investidos con el poder de decidir en último recurso sobre estas evaluaciones de territorios y de almas, no era posible llegar á una transacción, pues no diferían sólo en el número sino en la calidad de los

habitantes que debían formarle. En efecto, decían que un polaco de las cercanías de Posen, dejado por la Rusia á la Prusia, valía más que un polaco de las cercanías de Klodawa ó de Sempolno, conservado por ella; y sobre todo que un antiguo francés de Aquisgrán ó de Colonia valía infinitamente más que un polaco de Kalisch ó de Thorn por el que era cambiado. Con este motivo, querían que se tuviera cuenta de la calidad tanto como del número de los súbditos incorporados á esta ó aquella potencia.

Además del gran comité de los cinco, con la dirección de todas las cuestiones de primer orden, imaginaron formar una comisión especial, para examinar las evaluaciones de una y otra parte, y resolverlas con conocimiento de causa.

En los últimos días de diciembre, lord Castlereagh fué á ver á Mr. de Talleyrand, y le presentó la formación de esta comisión como una manera de salir del atolladero en que se hallaban por aquellas evaluaciones contradictorias, y también como una manera de salvar la cuestión de Sajonia, haciéndola degenerar en una simple cuestión de cifras. Mr. de Talleyrand no hizo ninguna objeción contra la idea de esta comisión evaluadora, pero respondió al plenipotenciario británico que tratar de aquella manera la cuestión era despreciarla, que él prefería hablar de principios y no de cifras, y reproduciendo su tema favorito, el de la legitimidad, propuso á lord Castlereagh concluir entre la Inglaterra, el Austria y la Francia un convenio breve y preciso, por el cual estas tres potencias se comprometieran á sostener la existencia de la Sajonia á título de principio, cediendo sin embargo á la Prusia algunas porciones de territorio. Lord Castlereagh retrocedió algunos pasos, como un hombre á quien se ataca de repente. «Me proponéis una alianza, le dijo, y una alianza supone la guerra cierta ó probable. La guerra no la queremos, y no nos decidiremos á ella sino en el último extremo. Pero si es preciso pensar en esto, combinaremos entonces los medios de sostenerla y las alianzas que serán su consecuencia.»

Mr. de Talleyrand no insistió. Convinieron en formar una comisión de evaluación, en cuyos trabajos tomaría parte la Francia. La idea de una comisión de evaluación fué aceptada por todas las partes interesadas, pero hubo muchas discusiones cuando se dijo que intervendría en ella un comisario francés. Esto era el abandono formal de la palabra que se habían dado de disponer sin la Francia de todos los territorios de que la habían despojado, promesa renovada en París cuando el tratado del 30 de mayo, y en Viena en los primeros días del congreso. Es verdad que después se vieron precisados á hacerlo todo con la Francia, pues la pretensión de hacer algo en Europa, sobre todo definitivo, sin su participación, no tardó en parecer tan ridícula como impracticable. Pero sobre las grandes cuestiones de territorio, aunque habían consultado con ella, no habían formalmente derogado el convenio secreto de obrar exclusivamente entre las cuatro. Habría sido preciso que Mr. de Metternich y lord Castlereagh confesaran que, en su profunda inquietud, habían iniciado á la Francia en la cuestión de Sajonia, y que, en justicia, no podían ya excluirla. Éstos no tuvieron el valor de confesarlo, y la Prusia, mostrando una extremada repugnancia á intro-

ducir en el tribunal que en último recurso iba á juzgar sus pretensiones un miembro contrario á ella, se opuso abiertamente; los plenipotenciarios no insistieron, y se decidió que no habría comisario francés en la comisión evaluadora.

Lord Castlereagh no se atrevió á llevar esta noticia á Mr. de Talleyrand, y la encargó á su hermano, lord Stewart, ministro de Inglaterra en Berlín, el cual se presentó en el palacio de la embajada con muchas excusas y balbucientes explicaciones. Mr. de Talleyrand, que cuando se trataba de la dignidad de la legación francesa en Viena, no admitía contemplaciones, preguntó secamente al hermano de lord Castlereagh quiénes habían sido los que se habían opuesto á la admisión de la Francia en la futura comisión, diciéndole con amarga ironía, que eran sin duda los aliados los que no la habían querido. Lord Stewart, con toda ingenuidad, confesó esta influencia de los aliados. Mr. de Talleyrand, fuera de sí, respondió con aspereza al hermano de lord Castlereagh: «Puesto que sois aún los aliados de Chaumont, permaneced aliados. Hoy mismo la embajada francesa dejará á Viena, y todo cuanto hagáis será nulo para ella y para los intereses sacrificados. La Europa sabrá lo que ha pasado, la Francia conocerá el papel que querían hacerla representar, y la Inglaterra comprenderá la conducta débil é inconsecuente que ha observado su representante. Sabrá que, después de haber entregado la Sajonia y la Polonia, ha negado el apoyo con que podría haberlas salvado.» Estas amenazadoras palabras para lord Castlereagh, á quien aguardaba una posición muy triste en el parlamento británico, enmudecieron á lord Stewart, y se apresuró á instruir á su hermano de la tempestad que se levantaba. Aunque no tomaron seriamente las amenazas de Mr. de Talleyrand, sin embargo, el temor de lo que podía resultar para la tranquilidad de la Europa, y más aún para el gabinete británico, cuando se supiese que habían podido salvar á la Sajonia y á la Polonia, y que no habían querido salvarlas únicamente por persistir en un sistema ridículo de exclusión de la Francia, este temor estimuló á lord Castlereagh y le dió un valor que antes no había tenido con los aliados. Los reunió de nuevo, hizo conocer el peligro de un escándalo que podría poner en combustión á la Europa y declaró que él no se cargaría con semejante responsabilidad á los ojos de la Inglaterra. Hallándose fuertemente apoyado por Mr. de Metternich, se decidió la admisión del comisario francés, á pesar de los prusianos. Un cortés billete de lord Castlereagh lo participó aquella misma noche á Mr. de Talleyrand.

Mr. de Dalberg fué elegido para representar á la Francia en la comisión de evaluación. Esta comisión se reunió el 31 de diciembre. El representante ruso fué encargado de exponer las pretensiones comunes de la Rusia y la Prusia, y en efecto estuvo mejor elegido para hacerlo con moderación, porque el acuerdo reciente con el Austria, relativamente á las fronteras de Galitzia, y el abandono del ducado de Posen á la Prusia, parecía haber desinteresado á la Rusia en la cuestión que habían de resolver. Por tanto, habló en nombre de las dos potencias y presentó las conclusiones siguientes:

La Prusia alcanzaría, como indemnización de sus pérdidas, además del ducado de Posen, que le cedía la Rusia, para allanar las dificultades sobrevenidas, la Sajonia

por completo. Según el comisario ruso, no podía hacerse menos para devolverla su antiguo estado de 1805 y para llenar el compromiso de constituir mejor su territorio. El rey de Sajonia sería trasladado á las márgenes del Rhin, y la Prusia le abandonaría una nación con setecientas mil almas, dándole además la hermosa ciudad de Bonn por capital. También tendría voto en la dieta. Este príncipe, colocado en medio de un pueblo católico y sobre la frontera de la Francia, evitaría todo contacto entre esta potencia y la Prusia. En cuanto á la Polonia, recibiría del gobierno ruso una existencia particular, una administración distinta, y las existencias ulteriores tomadas á las antiguas provincias polacas, entonces rusas, con el beneplácito del emperador Alejandro, que se reservaba el derecho de organizar á su modo el reino de que sería jefe. Arregladas así las cosas, el emperador llevaría el título de zar de Rusia y rey de Polonia. Las otras potencias copartícipes de la Polonia, que conservarían por la paz provincias polacas, se obligarían también á darlas administraciones provinciales á propósito, para asegurarlas una especie de independencia civil, un régimen conforme á sus costumbres, y un tratado favorable á sus intereses comerciales y agrícolas.

Apoyado este proyecto en las más espaciosas consideraciones, era un esfuerzo supremo que Alejandro intentaba hacer en favor de su aliado, el rey de Prusia, con el fin de procurarle la Sajonia. Pero era evidente que, satisfecho ya en lo que le concernía, no sostendría su palabra hasta el último extremo. El congreso fué convocado el 2 de enero para ocuparse en el desenvolvimiento y discusión de estas diferentes proposiciones.

Al día siguiente, 1.º del citado mes, lord Castlereagh recibió una noticia de gran importancia, que cambió singularmente su situación. La Inglaterra había al fin firmado la paz con los Estados Unidos, y podía emplear todas sus fuerzas en el continente europeo. La guerra con América la había preocupado mucho, y había empleado en ella todo lo que la protección del reino de los Países-Bajos le dejaba de tropas disponibles. Libre de este cuidado, se encontraba en disposición de reunir para la primavera de 1815 ochenta mil hombres en Holanda, y procurar así un nuevo contingente á la nueva coalición si se veían en el caso de formar una liga contra la Rusia y la Prusia.

El 2 de enero, la comisión de evaluación se reunió para discutir las proposiciones que la habían presentado á nombre del emperador Alejandro. Confiando á los rusos el cuidado de exponer el plan común, los prusianos se encargaron esta vez de defenderle. Las circunstancias en que se hallaban eran para ellos de las más graves. Aquella era su última tentativa para obtener la Sajonia, y derrotados ante aquel invencible tribunal, no tenían otro recurso más que apelar á la fuerza. Sus comisarios unían á su gran animación personal toda la animación de los militares de su nación, reunidos en gran número en Viena, y diciendo con la mayor jactancia que ellos solos habían salvado á la Europa; que, por consiguiente, no debían esperar un desaire; que la Sajonia era su conquista; que habían hecho esta conquista en Leipsick, en las terribles jornadas del 16, 17 y 18 de octubre de 1813; que disputársela era disputarles un bien que les pertenecía; pero que, sostenidos por sus hermanos de armas, los rusos, no se dejarían arrebatar el precio de su

sangre; que además obrarían así, no sólo por la Prusia, sino por la Alemania, pues cada engrandecimiento de la Prusia era un paso hacia la unidad germánica, que no podía operarse más que por la Prusia, y bajo su dirección. Mr. de Stein, particularmente ayudado por muchos patriotas alemanes, repetía por todas partes estas ideas, y no dejaba de invocar el recuerdo de lo que él y sus compañeros habían sufrido por la causa de Alemania.

Bajo la influencia de estas excitaciones, la legación prusiana se entregó en el seno de la comisión á todo el ardor de sus sentimientos. Viendo claramente la oposición que encontraban sus incisivas aserciones, sus pretensiones absolutas, en vez de calmarse se irritó, y se encolerizó hasta el punto de decir que lo que ella pedía lo sostendría en caso de necesidad con las armas. A esta declaración, lord Castlereagh, que tenía el orgullo de un inglés, y que estaba sorprendido de verse tratado así por personas á quienes había favorecido tanto, rechazó con entereza las amenazas del príncipe de Hardenberg y dijo á los prusianos y rusos que la Inglaterra no acostumbraba á recibir la ley de nadie, que tampoco la sufriría, y que á las armas opondría las armas. Con una emoción que no le era habitual, salió exasperado, y fué á consolarse de ella donde sabía que hallaría un eco á su resentimiento, es decir en la legación francesa. Olvidando esta vez á los aliados de Chaumont, contó á Mr. de Talleyrand todo lo que había pasado, y declaró de nuevo que la Inglaterra no sufriría semejantes amenazas. Libre su corazón de un enorme peso, el de la guerra de América, había recuperado toda su energía y se hallaba dispuesto á desafiar las más arriesgadas consecuencias antes de ceder á la arrogancia de los prusianos y de los rusos. Su diestro interlocutor se asoció á sus sentimientos, le aduló con habilidad y le recordó lo que le había dicho algunos días antes, esto es, que con tres ó cuatro palabras escritas por la Inglaterra, la Francia y el Austria harían caer todas aquellas baladronadas y orgullo ruso y prusiano: «Escribid vuestras ideas,» le dijo lord Castlereagh, y Mr. de Talleyrand tomó la pluma, sin darle tiempo para que repitiera su invitación. Entre los dos, analizando la cuestión desde diversos puntos de vista, redactaron un proyecto de convenio por el cual la Inglaterra, el Austria y la Francia se comprometían á presentar en pie de guerra ciento cincuenta mil hombres cada una, para obrar en unión si la defensa del equilibrio europeo les atraía enemigos, que no designaban, pero que tampoco era necesario, porque eran universalmente conocidos. Lord Castlereagh partió con este proyecto, prometiendo volver al día siguiente, después de haberse puesto de acuerdo con Mr. de Metternich.

Mr. de Talleyrand realizaba con esto sus más ardientes deseos. Llegado á Viena con el temor de no ser admitido, veía á la legación francesa llamada á representar un papel importante por la disolución de la alianza de Chaumont, y por la formación de una nueva alianza destinada á sostener el principio de la legitimidad. Seguramente este era un excelente resultado, recobrar para la Francia un puesto importante, y sobre todo de disolver la coalición de Chaumont para sustituirla con una nueva; pero era preciso saber cuál sería el fin de esta alianza, y si el fin no era otro que mantener los intereses equívocos ó contrarios, había menos de qué alegrarse, y en este caso hubiera sido mejor esperar un poco más esta posi-

ción tan deseada, si, á cambio de un poco de paciencia, se conseguía hacer más provechoso para la Francia el triunfo ambicionado.

Lord Castlereagh no perdió el tiempo, pues creía ya oír el clamor del parlamento británico, echándole en cara haberse sometido á pasar por las horcas caudinas de la Prusia y de la Rusia. Vió á Mr. de Metternich, le halló dispuesto á abandonar toda clase de preocupaciones como antiguo aliado y á aceptar el apoyo de la Francia para contener á los aliados ingratos y con extremo exigentes. Después de haberse puesto de acuerdo con él, volvió al día siguiente 3 de enero á llevar á Mr. de Talleyrand el proyecto de la vispera sabiamente elaborado. Lord Castlereagh y Mr. de Metternich tuvieron un gran cuidado de imprimirle un carácter pacífico y sobre todo defensivo. En efecto, no tenían que atacar á nadie. Pero si por haber, de buena fe y sin miras interesadas, sostenido un plan conforme al equilibrio europeo, una de las tres potencias contratantes fuera atacada por otra potencia europea, la Francia, la Inglaterra y el Austria se comprometían á ofrecer ciento cincuenta mil hombres cada una para la defensa de la que fuese atacada. A estas cláusulas, explanadas en varios artículos, lord Castlereagh quiso añadir una que, según él, era indispensable y no podía ser desechada por nadie. Esta cláusula era la siguiente:

Como en aquellas circunstancias no se obraba con miras de ambición, pero sí en las ideas de conservación, en el interés de un principio sagrado, el de sostener sobre sus tronos á los príncipes legítimos, no debía costar nada decirlo, y de antemano declaraban que, en el caso en que sobreviniera la guerra (lo que pedían á Dios que no sucediese), se consideraban ligados por el tratado de París, y obligados á marcar, según sus principios y su texto, la población y las fronteras de cada una.

Con esta cláusula, Mr. de Talleyrand estaba cogido en un terrible lazo. Si al principio hubiese ido menos de prisa y no se hubiese manifestado tan ostensible en favor de la Sajonia; si en vez de apresurarse á ofrecer sus socorros, hubiese esperado á que se los pidieran, hubiera podido rechazar semejante condición, y probablemente no se la hubieran propuesto, reduciéndose á guardar silencio, dejando á la guerra el cuidado de pagar sus consecuencias, según su resultado, y según los servicios de cada uno. Pero habiéndose apresurado á declarar en favor de la Sajonia, habiendo reprendido á todos los gabinetes por su tibieza, no le era posible retroceder cuando le cogían la palabra. Después de haber repetido siempre que la Francia no tenía más mira que la causa de los principios, confesar que pensaban de acuerdo con sus intereses, era lo bastante para que le volvieran la espalda; y si se hubiese atrevido á declararlo, incontinenti sus nuevos aliados hubieran corrido á adherirse á las pretensiones de la Prusia y la Rusia, concediéndolas lo que deseaban. A decir verdad, el mal no hubiese sido grande, pues la política que sostenían no era la más desventajosa para nosotros: la casa de Sajonia hubiese estado sobre el Rhin, y nosotros la habríamos tenido por vecina, en vez de tener á la Prusia. Pero para alcanzar este resultado, tanto habría valido proseguirlo á medias con los rusos y prusianos, que nos hubiesen pagado de cualquiera manera, y que no nos habrían incitado á emprender la guerra por ellos, únicamente para tener el honor de pe-

lear á su lado. Después de haber estado constantemente asociados á los ingleses y á los austriacos, después de haberlos hostigado tanto para que obraran con energía, no era tiempo de presentar obstáculos ni rechazar la condición que nos imponían, ¡y eso que era muy dura! Después de veinte años de guerras sangrientas, cuando apenas habíamos entrado en posesión de la paz, de la paz que era el título más popular de los Borbones, comprometerla tan pronto, exponerla aún á verter torrentes de sangre francesa porque la Alemania tuviese menos que temer de la Rusia ó el Austria de la Prusia, no valía la pena; y en tanto que las potencias por las cuales íbamos á batirnos conservarían todos nuestros despojos, y gracias á nosotros añadirían á ellos su seguridad, no recoger el más pequeño de estos despojos, quedar reducidos á alcanzar el honor de servir gratuitamente á aquellos de nuestros vencedores que más habían trabajado para reducirnos á nuestras fronteras de 1790, era verdaderamente una suerte harto triste. Pero, lo repetimos, no había medio de retroceder, y después de lo que habíamos hecho y dicho, era preciso aceptar el convenio del 3 de enero, con el artículo que decía que, en el caso de una nueva guerra, nos obligábamos á tomar por base de una futura paz el tratado del 30 de mayo. Mr. de Talleyrand firmó sin hacer ninguna observación, y tuvo razón, porque el artículo no era aceptable más que con la condición de no hacer caso de él para nada. Era preciso ó indignarse y arrojarle á la cara de los que le ofrecían, ó firmarle casi con júbilo. Esto fué lo que hizo Mr. de Talleyrand. En cambio, no se atrevió ni á pedir que le prometieran la caída de Murat, que interesaba mucho más á Luis XVIII que la satisfacción del rey de Sajonia; temía retardar un momento el resultado que se había prometido, y este tratado, que tanto deseaba la legación francesa, cuya importancia aumentaba, tan poco útil á la dinastía, pues todo lo más que hacía era halagar sus preocupaciones, fué firmado en la noche del 3 al 4 de enero y fechado el 3. Se comprometieron á guardar el más absoluto secreto, para no dar á los prusianos y á los rusos un motivo de exaltación que los condujese á emprender la guerra, y para no dar á los enemigos de la coalición el placer de verla escandalosamente dividida. Sin embargo, se hizo excepción de este secreto en favor de la Baviera, de Hannover, de los Países-Bajos y de la Cerdeña, cuya adhesión merecía buscarse, y además era casi segura. Efectivamente, el príncipe de Wrede por la Baviera y el conde de Múnster por el Hannover, se apresuraron á adherirse. Los Países-Bajos y la Cerdeña se adherieron algunos días más tarde, sin que la existencia del convenio fuese divulgada. Un plan de operaciones militares debió concertarse entre el Austria, la Baviera y la Francia, que eran las potencias expuestas á mezclarse más activamente en la guerra, y expresaron el deseo de tener en Viena un general francés, inteligente y animado de buenos sentimientos para cooperar á la concepción del plan. Mr. de Talleyrand pensó en el general Ricard, en desgracia bajo el imperio, cuando el mariscal Soult quiso ser rey de Portugal, oficial distinguido, hombre de talento y muy digno de figurar en un congreso que reunía á los hombres más notables de la Europa. Mr. de Talleyrand suplicó sin pérdida de tiempo á Luis XVIII que le nombrase para el objeto deseado, y aprovechó esta ocasión para darle parte del tratado que acababa de firmar.

Aunque el secreto de la nueva coalición fuese guardado escrupulosamente, sin embargo, se vió tal concierto en el lenguaje de las cortes de Inglaterra, Francia y Austria, que no se pudo dudar de su acuerdo y de su resolución en sostener su palabra hasta el último extremo. Otro síntoma había más significativo: éste era la actitud de Baviera. Aunque todos los Estados alemanes, aun los del Norte, participasen de estos sentimientos, ella sola, gracias á la fuerza que había adquirido desde hacía quince años, y á su situación geográfica, que la ponía al abrigo de los asaltos de la Prusia, se atrevió á manifestar altamente su manera de pensar, dando á conocer que estaba pronta á la guerra. Los prusianos, que tenían motivo para estar disgustados, se mostraban amenazadores ya en el seno de la comisión ó ya en público; pero los dejaban hablar, y nadie cedía al tratarse el punto capital, el de la conservación de la Sajonia, salvos algunos sacrificios para completar la Prusia, y para castigar, según decían, al rey Federico Augusto. Cuando hablaban de castigar á este infortunado príncipe, no hacían más que ceder de palabra á las pasiones del momento, pues cada cual sabía que de este delito de alianza con Napoleón, por el deseo de engrandecerse, era culpable todo el mundo, tanto en las grandes potencias como en los Estados de los príncipes alemanes de segundo orden; cada cual sabía que el desgraciado rey de Sajonia, sorprendido el último en nuestra alianza, no había obrado más que por violencia; que, entre la Europa y Napoleón, no había tenido otra culpabilidad que la de ser débil; y que, en fin, si para excusar su conducta era preciso un acto memorable de traición hacia la Francia, el ejército sajón lo había dado ruidoso para obtener el perdón de su soberano.

Pero á pesar de aceptar algunas reducciones en los Estados del rey de Sajonia, nadie admitía la confiscación total de su territorio en provecho de la Prusia, y había en esto evidentemente una resolución que hubiese sido muy grave contrarrestar. Los jefes imprudentes del partido prusiano estaban muy dispuestos á ello, pero su rey se hallaba lejos de quererlo, y Alejandro no les hubiese secundado en aquella temeridad, lo que equivalía á un imposible. Sosteniendo Alejandro, en la comisión de evaluación, que era preciso unir la Sajonia entera á la Prusia, cuando por sí mismo había consentido en el sacrificio del ducado de Posen, hacía todo lo que su amigo Federico Guillermo podía esperar de él; pero este amigo no se atrevió á pedirle que llevara las cosas hasta el extremo de encender la guerra contra la Francia, la Inglaterra, el Austria y casi todo el cuerpo germánico. Por la actitud de varias legaciones en la comisión, se apercibieron muy pronto de este estado de cosas.

Los prusianos y los rusos, aunque persistiendo en reclamar en principio la Sajonia entera, no pudieron, sin embargo, evadirse de entrar en las discusiones de cifras propuestas por el Austria. Ésta se empeñó en probar que teniendo en cuenta todas las restituciones obtenidas ya en Polonia, en Westfalia y en las provincias ronianas, la Prusia no podía aspirar á más que á tres ó cuatrocientos mil habitantes de la Sajonia para volver á contar con su población de 1805, que le habían prometido. Los diplomáticos prusianos, dejándose comprometer en esta controversia, opusieron evaluación por eva-